

## *El afán de “happy – ending” malogra finas calidades en esplendor*

Siempre ha sido materia de particular interés para el “vulgo errante, municipal y espeso” la disección de ambientes aristocráticos hecha por el cine o por el teatro en algunas piezas satíricas o comedias de costumbres. (De malas costumbres deberíamos decir). Los industriales de Hollywood lo saben y nos endilgan sesenta o setenta veces al año la historia de la buena muchacha incomprendida, obligada por un amor adverso a hacer de mundana, vestida por Adrian o Gwen Wakeling o René Hubert, con muchas escenas de sacrificio y mucho “cocktail” o “roadster” nuevo modelo. Pero allí la sátira se encuentra de vacaciones y la ironía no toca el ambiente, sino que se vuelve contra la misma ingenuidad de los productores. A pesar de todo, las insoportables películas de Constance Rennett, que fueron casi todas de este tipo, dieron tanta plata en Estados Unidos durante cuatro años como para que la impávida y artificial imagen de lo “sophisticated” recibiera en este periodo un chequecito semanal de – agárrense a una mesa para que no les de un supiritaco con lo que vamos a decir – de treinta mil dólares.

## *Despabilamiento de Rachel Crothers*

Sam Goldwyn, que no gasta sus dineros en cosas del montón, se propuso reivindicar estos asuntillos que bordean el drama y los problemas morales de la vida de relación, llevando al lienzo una novela de Rachel Crothers que la autora titula - con segunda – “Splendor”. Desde los tiempos ya muy lejanos en que Miss Crothers ensayaba sus primeras críticas sobre las costumbres contemporáneas en “Gente chic” y otros films arbitrarios e insípidos de William de Mille, nuestra amiga adelantado mucho. Ahora, ya más crecida sabe por adentro de sus muñecos y la contemplación del aserrín no le inspira precisamente sonrisas compasivas, sino observaciones acres y mordaces cuando todo se esta desarrollando, precisamente, en el más amables de los planos. Al llegar al momento dramático, Miss Crothers tampoco le saca el cuerpo, sino que lo plantea con amargura, con cierto desgarramiento que culmina de la manera más airosa todo ese discreteo previo sobre la aristócrata tilinga, el muchacho rico e inútil, la millonaria conciente de la profunda estupidez de su vida y la mujer normal que se ve con cierto espanto, arrastrada a la corrupción impuesta por el lujo y por el ambiente. Que la aristocracia es como el queso Camembert: cuanto más podrida, más en su punto.